



*Recomendado por el editor*

# KRISTAN HIGGINS

*Solo los locos se enamoran*

¿Un trabajo prometedor como doctora en Cabo Cod? Hecho. ¿Una preciosa casita en propiedad? Hecho. ¿Un perro adorable para dar paseos frente a vecinos atractivos? Hecho. Lo único que necesitaba para tenerlo todo era que el chico de oro, y antiguo amor de instituto, Joe Carpenter se fijase en ella. Pero la perfección no era tan fácil como parecía, sobre todo cuando Sam Nickerson, policía local, resultaba una distracción frecuente. No formaba parte de su plan maestro. Pero tal vez fuera el momento de que Millie empezara una nueva lista...

Para Ed Higgins, un gran cuenta cuentos y un  
gran padre, que amaba Cabo Cod por encima  
de todos los lugares.  
Gracias, papá.

*Solo los locos se enamoran* fue la primera novela publicada de Kristan Higgins, y tuvo una gran acogida entre el público norteamericano. Desde entonces, y ya con varios títulos publicados, ha recibido el premio RITA y sus libros han aparecido regularmente en las listas de *bestsellers* del *New York Times* y el *USA TODAY*.

Y no es nada extraño, pues el estilo de Higgins es único.

Por eso, no queremos dejar pasar la oportunidad de recomendar a nuestros lectores esta divertida y conmovedora historia de amor.

Está narrada desde la perspectiva de la protagonista, consiguiendo así transmitir de manera impecable las emociones de nuestra heroína: una mujer que, en su búsqueda del amor, se enfrenta a situaciones absurdamente divertidas, y que ella solventa con inteligencia y grandes dosis de humor.

Estamos seguros que este libro os sorprenderá y esperamos que os haga reír y llorar, como nos ha ocurrido a nosotros.

Los editores

## Agradecimientos

Sin mis agentes, Maria Carvainis, Donna Bagdasarian y Moira Sullivan, publicar un libro seguiría siendo un sueño imposible, como donarle un riñón a Bruce Springsteen o preparar la cena de Acción de Gracias. Les estoy inmensamente agradecida por su excelente representación.

Mi más profundo agradecimiento y cariño a mi editora, Abby Zidle; una persona divertida, amable y perversa cuyas sugerencias y ayuda hicieron de este un libro mucho mejor.

La gente de Cabo Cod siempre se ha mostrado agradecida, amable y servicial, pasando por alto mi amor por los Yankees de Nueva York. Gracias por hacer del Cabo nuestro segundo hogar.

Un agradecimiento personal a la escritora Rosa Morris por su alma generosa y por sus útiles aportaciones; a Carolyn Wallach por su sinceridad y sus alabanzas; a Heidi Gulbranson y a Pam Boynton, que fueron lo suficientemente valientes de leer el primer borrador y decir cosas agradables; y a mi maravillosa familia: mamá, Hilary, Mike y Jackie, mis verdaderos amigos.

## Prólogo

Soy una acechadora. De las buenas.

Bueno, era una acechadora. Ha pasado ya un tiempo. Aun así, es duro admitir que has seguido, escuchado, espiado, merodeado y sobornado en nombre del amor. Pero yo he hecho todas esas cosas; bastante bien, debo admitir. Tal vez sepáis de lo que estoy hablando. No importa lo mayor que seas, la educación que hayas recibido o dónde vivas; acechar es algo innato a la psique femenina. Todas lo hemos hecho.

En mi caso, acosé a Joe Carpenter desde los catorce años y medio hasta que me fui a la universidad. Sabía dónde vivía el sujeto. Sabía cuál era su segundo nombre, el nombre de su madre, el de su hermana y el de su perro. Sabía qué tipo de furgoneta conducía, su color favorito, los nombres de sus anteriores cuatro novias, su cerveza favorita, a qué bar iba los viernes durante la hora feliz, qué canciones ponía en la gramola. Sabía dónde trabajaba, cómo le gustaba el café y qué nota sacó en su tercer año de Español. Había pocas cosas que no supiera sobre Joe Carpenter.

Aunque no encajaba en la definición legal de una acechadora, sí que pasé por delante de casa de Joe una o dos veces. Tal vez más. (Fueron más). Solía «chocarme» con él, una maniobra calculada y ejecutada con una precisión militar que hacía que pareciese bastante accidental. Me llevó años de entrenamiento alcanzar ese nivel de «coinciden-

cia». Probablemente no debería estar orgullosa de eso. Aun así, un talento es un talento.

Todo comenzó en clase de Biología en el instituto Nauset de Eastham, Massachusetts. El asiento de Joe estaba diagonalmente delante del mío, y para mirar a la pizarra yo tenía que mirar más allá de Joe. Y no podía. Pocas mujeres podían ver más allá de Joe, incluso cuando tenía catorce años. Entonces descubrí que su taquilla estaba a tres taquillas de la mía, y comenzó el acecho.

Si Joe le mencionaba a algún amigo que iba a ir a la playa después de clase, yo aparecía también, agazapada ilegalmente en la zona de anidación de las gaviotas para no ser descubierta mientras observaba a Joe jugar con la gente de moda. Si veía el coche de su madre aparcado frente a la tienda mientras mi padre me llevaba a casa, de pronto sentía la necesidad de comprar tampones, sabiendo que los productos para la higiene femenina harían que mi padre se quedara en el aparcamiento. Recorría los pasillos con la esperanza de poder ver a Joe Carpenter. Montaba en bici por el pueblo buscando a Joe y me detenía al verlo para comprobar el nivel de aire de mis ruedas perfectamente hinchadas, con cuidado de no mirarlo directamente, simplemente acechándolo.

Irónicamente Joe se hizo carpintero, y se dio a conocer profesionalmente como Joe Carpenter, el carpintero. Gracias a mis años de investigación, yo sabía lo que otras, demasiado cegadas por su belleza, podrían haber ignorado; Joe era sincero, humilde, trabajador y dulce. Realizaba actos anónimos de generosidad, se enorgullecía de su trabajo y trataba a la gente con benevolencia y buen humor. Incluso adoptó un perro con solo tres patas. Y sí, Joe Carpenter era guapísimo.

Tenía el tipo de atractivo que hacía que respirar fuese irrelevante. Una sonrisa de Joe podía provocar que a las camareras se les cayesen las jarras del café, que se hacían añicos contra el suelo del restaurante mientras ellas miraban

embobadas a mi sujeto. Los coches colisionaban cuando él pasaba corriendo por un cruce; las habitaciones quedaban en silencio cuando entraba. Y si se quitaba la camisa mientras trabajaba en el exterior, alguna que otra turista se paraba a hacerle fotos. Aquello era mucho más interesante que el faro de Nauset.

Ninguna mujer en la tierra permanecía inmune al atractivo de Joe. Pelo rubio oscuro con reflejos dorados más claros debidos a las horas que pasaba bajo el sol. Una estructura ósea fuerte. Ojos verdes enmarcados por pestañas largas y doradas. Hoyuelos. Una sonrisa juvenil y ligeramente torcida. Dientes perfectos. Por supuesto, Joe sabía que era guapo; una persona no podía tener ese efecto y ser ajena al efecto que provocaba en los demás. Pero jamás presumía. Solía ir un poco desaliñado y no parecía importarle en exceso su apariencia. Con frecuencia llevaba el pelo revuelto, como si acabara de levantarse de la cama. Generalmente iba sin afeitar y con la ropa arrugada. Resultaba atractivo sin el menor esfuerzo.

Tanto Joe como yo éramos nativos de Cabo Cod y estábamos en el mismo año académico. No éramos amigos, aunque nos hubiéramos saludado alguna vez en el instituto. (Fueron tres veces, y aquellos escasos intercambios de palabras frente a nuestros compañeros provocaban una intensa alegría en mi interior y hacían que mis hormonas se volvieran locas).

Y entonces llegó el gran momento; el acontecimiento monumental que afianzó el lugar de Joe en mi corazón para siempre.

En el segundo año de instituto, nuestra clase hizo el clásico viaje al asentamiento Plymouth que se les exigía a todos los estudiantes de Nueva Inglaterra, ya fuera por orgullo cívico o por obligación. Con la mezcla curiosa de hastío y exuberancia típica de los chicos de quince años, pasamos una hora en el autobús antes de poder deambular por las calles del histórico pueblo. A pesar del hecho de que mis

compañeros estuvieran aburridos, yo no pude evitar dejarme engatusar por Obadiah, el hombre vestido de época que asaba pescado azul en una fogata. Me ofreció un poco. Yo acepté. Después me ofreció más. Y volví a comérmelo, encantada por el interés que mostraba en mí y ajena al hecho de que aquel hombre se ganaba la vida hablando con los turistas.

En el camino de vuelta, mientras los estudiantes se lanzaban bolas de papel y gritaban como chimpancés enrabietados, aquel pescado azul comenzó a revolverse en mi estómago. Mi mejor amiga, Katie, me preguntó si me encontraba bien; al parecer estaba prácticamente verde. Yo respondí vomitándome en los zapatos. Ah, el pescado azul. No he sido capaz de volver a probarlo desde entonces.

Los chicos a mi alrededor reaccionaron con toda la amabilidad que puede esperarse de los adolescentes; es decir, ninguna. Tuve algunas arcadas más entre los gritos de asco de mis compañeros mientras Katie iba a pedirle pañuelos de papel al conductor del autobús. Después de vomitar me escocían los ojos, me picaba la nariz y me ardía la cara. Y entonces... entonces Joe se sentó a mi lado.

—¿Estás bien, Millie? —me preguntó apartándose el pelo de la frente.

—Sí —susurré yo, horrorizada y encantada al mismo tiempo.

—Callaos, chicos —ordenó Joe de manera afable y, como se trataba de Joe, le hicieron caso.

Me dio una palmadita en el hombro e incluso en mi estado débil fui consciente de cada detalle; del calor de su mano, de la ternura de sus ojos, de la media sonrisa en sus labios perfectos. Entonces llegó Katie con los pañuelos de papel y serrín para absorber el desastre, y Joe regresó a la parte de atrás del autobús, donde se sentaban los chicos guay.

¡Era la prueba! La prueba de que Joe era algo más que una cara bonita. La universidad y la escuela de medicina no

me ayudaron a librarme de mi obsesión; en vez de eso, volvía a casa de permiso y la retomaba donde la había dejado; encontrar a Joe. Chocarme con Joe. Hablar con Joe. Cierto que me sentía un poco ridícula... hasta que lo veía, y entonces toda esa vergüenza se evaporaba en una nube de amor. Siempre me producía el mismo efecto. Decía «Hola, Millie, ¿cómo estás?», y hacía que todo mi cuerpo vibrara de emoción.

En la actualidad, con casi treinta años, seguía imitando bastante bien aquella obsesión adolescente. Tras haber terminado al fin la residencia, acababa de mudarme de nuevo al Cabo, y allí estaba, peligrosamente cerca de Joe otra vez. Pero me prometí a mí misma que aquel año sería diferente. Aquel año me haría merecedora de Joe.

No me hacía ilusiones con respecto a mí. Era una persona agradable y lista. Divertida. Cariñosa. Una buena amiga. Aunque aún era nueva en la profesión, sabía que era una buena doctora. Pero en términos de físico, era bajita, mofletuda y con el pelo largo y lacio, que solía recogerme con una coleta. Tenía los dientes rectos. Ojos marrones. En conjunto, una chica bastante normal. Estar maldecida con una hermana mayor increíblemente guapa no había ayudado a mi autoestima durante los años. Y mi residencia tampoco había mejorado lo que la naturaleza me había dado, aunque había logrado dominar aquella imagen de piel pálida, ojeras y piernas sin depilar.

Para atraer la atención de un hombre que representaba la perfección física, sabía que tenía que sacar el máximo provecho a lo que tenía. Aunque sabía que no podría convertirme en un cisne, estaba decidida a convertirme al menos en, no sé, un ganso canadiense. Son bonitos, ¿no? Los gansos canadienses no tienen nada de malo.

Mi plan era sencillo, igual que el de todas esas mujeres que se habían propuesto conseguir a sus hombres. Me haría un buen corte de pelo, me maquillaría y me libraría del exceso de peso que me hacía parecer Poppy Fresco. Me

compraría ropa nueva con la ayuda de mis amigas mejor vestidas. Me compraría un perro, puesto que a Joe le encantaban los perros, y aprendería a cocinar mejor. Y tras haber hecho todas esas cosas, introduciría mi nueva presencia en la vida de Joe y movería ficha.

# Capítulo 1

La primera mañana en mi nuevo hogar me desperté con el olor a pintura húmeda y con el radiador conspirando contra el frío de marzo.

Aquel día albergaba todas las promesas de un nuevo año escolar. Con la residencia terminada. La casa remodelada. A punto de empezar a trabajar. Y Joe... que estaría ahí fuera en aquella fría mañana, a punto de descubrir que yo era el amor de su vida. Me levanté de la cama y miré a mi alrededor, me fijé con orgullo en las paredes azules y en la colcha antigua. Caminé descalza hasta la cocina, admiré las encimeras y el brillante fregadero de porcelana. Encendí la cafetera y suspiré feliz y agradecida.

Mientras se hacía el café, rebusqué en una caja que estaba aún sin desempaquetar. Encontré lo que estaba buscando, regresé a la cocina mientras la cafetera emitía sus últimos borboteos, me serví una taza, me senté y centré mi atención en el objeto que tenía ante mí.

Una fotografía de ocho por diez que mostraba la silueta de Joe Carpenter contra el cielo, sin camisa, mientras clavaba una tabla en un tejado. La foto en blanco y negro exhibía sus brazos perfectamente formados mientras realizaba aquella tarea aparentemente cotidiana que, con su elegancia, parecía pura poesía. Estaba ligeramente girado, pero se le veía el rostro lo suficiente como para saber lo guapo que era. El pie de foto decía: *El acertadamente llamado Joe Carpenter, de Eastham, trabaja en la restauración de la casa Penniman.*

¿Cómo había conseguido esa foto? Había llamado al periódico para que me la enviaran, muchas gracias. Había aparecido en el *Boston Globe* y jamás habían sospechado que yo no era la madre de Joe, como dije ser. A veces tener el nombre de una anciana dama resulta muy útil. Después de todo, no me habrían creído si mi nombre hubiera sido Heather o Tiffany... Por supuesto, no podía tener esta foto expuesta, así que la guardé para momentos especiales. Y aquel era uno de esos momentos, así que contemplé la imagen con la reverencia que merecía.

—Todo empieza hoy, Joe —dije sintiéndome bastante idiota. Aun así recorrí con el dedo la imagen del hombre al que había amado durante tanto tiempo, y el sentimiento de idiotéz se disipó como la niebla de primera hora de la mañana—. Estás a punto de enamorarte de mí. De ahora en adelante, todo lo que haga será por ti.

Contuve la necesidad de besar la foto, me levanté y caminé por mi pequeña casa, taza en mano, deleitándome simplemente con estar allí. Poseer una casa en Cabo Cod es todo un logro... un logro por el que yo no había tenido que esforzarme. Mi abuela había muerto poco después de Navidad. Al leer el testamento descubrí con gran sorpresa y alegría que me había dejado su casa a mí... y solo a mí.

La modesta casa llevaba los tablones de cedro que eran requisito del cabo, ligeramente descoloridos por el sol y el aire salado. No había jardín, solo un montón de agujas de pino, arena y musgo. Pero la casa tenía un valor incalculable porque se encontraba en el terreno protegido del Parque Nacional de la Costa de Cabo Cod. Eso significaba que nunca edificarían allí, que nunca tendría un nuevo vecino y que estaba bastante cerca del agua (a cuatrocientos cincuenta metros para ser exacta, aunque el mar no se veía por ninguna parte). Sin embargo podía oír el murmullo de las olas del Atlántico, y por la noche el brillo del faro de Nauset surcaba la oscuridad.

Durante meses había estado yendo allí desde Boston para trabajar en la casa; lijar los suelos, pintar las paredes, organizar las cosas de mi abuela. Y el resultado final era una agradable amalgama de antigüedad y modernidad. La banqueta de mi abuela estaba junto a mi mesa de cristal para el café, una colcha nueva cubría su viejo sofá beige y una bonita acuarela colgaba en la pared donde antes aparecía John Kennedy rezando. Contemplé el amarillo cálido que había elegido para una de las paredes del salón y decidí que quedaba fantástico. Después fui al cuarto de baño para admirar los flamencos rosas que mi madre y yo habíamos dibujado con plantillas sobre el verde pálido de las paredes. «Espera a que Joe lo vea», fantaseé. «No querrá marcharse nunca». Metí la cabeza en el armario del baño para ver cuánto espacio tenía. El lugar seguía oliendo a ambientador de limón.

En ese momento sonó el teléfono, yo di un respingo y me golpeé la cabeza con el armario. Corrí a la cocina para contestar la primera llamada en mi nueva casa.

—Hola, Millie, cariño —dijo mi madre—. ¿Qué tal tu primera noche? ¿Todo bien?

—Hola, mamá —respondí felizmente mientras me frotaba la cabeza—. Todo genial. ¿Qué tal tú?

—Oh... bien —respondió de manera poco convincente.

—¿Qué sucede?

—Bueno... se trata de Trish —murmuró mi madre.

—Ah —claro que se trataba de Trish. El tema de conversación habitual en la familia—. ¿Qué sucede? —abrí el frigorífico y examiné el escaso contenido: naranjas, leche y levadura, adquirida en un momento de autoengaño en lo referente a mis ambiciones reposteras. Obviamente tendría que ir al mercado en breve—. ¿Trish está de visita?

—No, no. Sigue en... Nueva Jersey. Pero el divorcio se hará efectivo hoy. Sam acaba de llamarnos.

—Lo siento —dije yo. Y era cierto. Mis padres adoraban a Sam Nickerson, mi cuñado. Y yo también. Al igual que el

resto del pueblo. Sam era el hijo que mis padres nunca habían tenido. Mi padre y él solían ver juntos los partidos de fútbol y hacían cosas de hombres como arreglar el camino de entrada. A mi madre le encantaba darles de comer a él y a mi adorado sobrino de diecisiete años.

—Bueno, no es como si no fuésemos a volver a ver a Sam o a Danny —le aseguré a mi madre—. En cualquier caso van a quedarse ahí.

—Oh, ya lo sé —respondió ella—. Pero me gustaría que... Ojalá tu hermana se hubiera tomado más tiempo. Creo que está cometiendo un error.

Un dulce placer culpable me recorrió por dentro al oír la desaprobación de mi madre. Trish siempre había sido su favorita y, durante años, mi madre había ignorado el comportamiento de mi hermana e incluso había premiado su egoísmo. Incluso cuando Trish se quedó embarazada después del instituto, mi madre la defendió y se consoló pensando que Sam se había casado con ella inmediatamente y se la había llevado a Notre Dame, donde estaba estudiando con una beca de atletismo.

Me recordé a mí misma que debería haber superado ese tipo de cosas. Aun así, no pude evitar decir:

—Bueno, claro que está cometiendo un error —cerré entonces el frigorífico—. ¿Cómo están Sam y Danny?

—Están bien. Aunque Sam parecía muy triste.

—Iré a visitarlos más tarde —dije.

—Eso sería todo un detalle, cariño. Ah, papá quiere hablar contigo. Howard, es Millie.

—Ya sé quién es —dijo mi padre—. Voy a la tienda de fontanería, cariño. ¿Necesitas algo?

—No, gracias, papá. Estoy servida por ahora.

—Bueno, yo necesito algunas tuberías. El sistema séptico de los Franklin se desbordó anoche y su jardín está hecho un desastre. Les dije que echaran solo papel higiénico, pero no escuchan.